queremos y deseamos para nosotros, debemos querer, hacer y desear para los demás, y así probaremos, no solo con palabras, sino tambien con obras, que amamos al prógimo. Lo que quieras para tí, hazlo para otro, y lo que para tí no quieras, tampoco para otro.

Traspasaría los estrechos límites de este *Manual* si me detuviera á referir una por una las obras de misericordia de que te vengo hablando, y, por lo mismo, las omito concretándome á lo dicho: no obstante, como entre todas las obras de misericordia, descuella una que merece ser tratada, voy á dedicar algunas líneas á esa noble virtud, que será uno de los tratados qne compongan esta obrita.

La limosna.

La limosna es una de las obras que ocupan un lugar elevado entre las obras de misericordia. Y, en verdad, ¿dónde se manifiesta más claramente el amor, la misericordia y compasion del prógimo,

que en la limosna que le damos por amor á Dios y por compasion de la miseria del necesitado? Persuadido el Santo varon Tobías de lo agradable que es á Dios la limosna, le decía á su hijo: Haz limosna de lo tuyo y no vuelvas la cara á ningun pobre, pues así merecerás que el Señor no te la vuelva á tí: sé misericordioso en cuanto lo permitan tus fuerzas, dando mucho si tienes mucho, y si tienes poco, da gustoso áun de lo poco que tuvieres (1). Que hay precepto de dar limosna, no hay duda, como consta de San Lúcas en el capítulo 10, versículo 11, que dice: Dad limosna de los bienes supérfluos. Además, el precepto de la limosna se funda en que todos somos hermanos, y el mundo se reduce á una gran familia de la cual Dios es el Padre y nosotros los hijos; esta es una verdad en que descansan todas las sociedades cristianas, como en sólido y firmísimo fúndamento. Bajo

(1) Tob., 4 y 7.

este punto de vista no hay diferencia ninguna de personas; todos somos hermanos en Jesucristo, todos hemos sido igualmente redimidos con su sangre, y todos participamos igualmente de sus méritos, y, en fin, todos hemos sido llamados por Dios igualmente á la pátria celestial. Ahora bien, siendo Dios nuestro comun padre y siendo el árbitro, el dispensador supremo de los bienes, los reparte entre todos sus hijos dando á cada uno lo que en su infinita sabiduría sabe que le conviene para la salvacion de su alma. Así á unos les da pobreza, pero les manda la paciencia y resignacion con su santa voluntad como camino seguro para subir al Cielo. A otros les da riquezas, pero les encarga la compasion de la miseria agena y les manda dar limosnas como medio de alcanzar la misericordia de Dios.

En fin, cada uno puede salvarse con la ayuda de Dios usando del estado, clase y condicion en que le haya colocado la Providencia segun la divina ley. De donde

se sigue que los ricos son una especie de administradores de los bienes que Dios les ha entregado con obligacion de dar limosna de los bienes supérfluos; y tanto es así, que Dios, como dueño absoluto de todo cuanto existe, les ha de pedir en el dia del juicio estrecha cuenta del uso que hayan hecho de los bienes que les entregó. Por consiguiente, ricos de la tierra, no os ensoberbezcais con los bienes que poseeis, no os lleneis de orgullo, ni de ambicion. No desprecieis al pobre que es vuestro hermano, dadle limosna, socorredle su miseria, pues con esa condicion habeis recibido los bienes, esa obligacion os impuso Dios al entregaros las riquezas. Escuchad lo que os dice San Pablo escribiendo á los de Corinto: ¿qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (1). Sí, ricos de la tierra, ¿qué teneis que no hayais recibido de Dios? Y si os

(1) Epist. 1.ª, cap. 4.º, v. 7.

ha venido de Dios todo cuanto poseeis, ¿por qué os ensoberbeceis como sino lo hubierais recibido? ¿Por qué despreciais al pobre con orgullo y altivez? ¿Por qué os olvidais del precepto de la caridad? ¡Ah! Es que teneis debilitada la fe: no veis que al despreciar al pobre, despreciais á Jesucristo que se oculta bajo sus andrajosos harapos; no veis que al socorrer la miseria agena, Dios recibe esa obra como si se hiciese con él mismo.

En el dia del juicio dirá Jesucristo á los cristianos: Porque tuve hambre, y me disteis de comer, porque tuve sed, y me disteis de beber, porque estuve afligido y me consolasteis, porque estuve desnudo y cubristeis mi desnudez, porque fuí encarcelado y me visitasteis, venid á poseer la corona de gloria que habeis merecido por vuestras buenas obras. Entónces, sorprendidos al oir tales palabras, exclamarán: ¿Cuándo, señor, tuvisteis hambre y os dimos de comer? ¿Cuándo sed y os dimos de beber? ¿Cuándo estu-

visteis afligido y os consolamos? ¿Cuándo desnudo y os vestimos? ¿Cuándo encarcelado y os visitamos? Entónces contestará el Juez eterno: Cuando hicisteis estas cosas con los pobres mis hermanos, las hicisteis conmigo. ¿Ves como la limosna que se da en la tierra resulta en el Cielo? Más fácilmente podrás comprender esto por medio de una suposicion sencilla: Suponte por un momento que tienes que hacer un viaje á cierta ciudad en donde necesitas dinero para el tiempo que allí permanezcas; pero los caminos por donde tienes que pasar están llenos de emboscadas y madrigueras en donde se ocultan ladrones de gran fama para asaltar al viajero y despojarle de sus intereses. Un justo temor de ser robado se apodera de tí: pero hé aquí que un jóven de noble familia se presenta, y te dice: mi padre es muy rico, habita en el país á donde tú te diriges, yo necesito dinero, déjamelo aquí, y te daré una libranza, y, vista por mi padre, te abonará igual cantidad. Dime,

¿no accederías de buen grado á lo que el jóven te propone? ¿No aceptarías con gusto el cambio del dinero dando aquí para recibir allí? Es indudable.

Pues bien; la ciudad á donde te diriges es el Cielo; los caminos por donde tienes que pasar son los peligros que rodean al hombre; las emboscadas y madrigueras son los lazos y redes que el demonio tiende para cazar á las almas; los ladrones son los enemigos de la salvacion; el jóven que te se presenta, es el pobre; el padre muy rico es Jesucristo, la libranza que da, son sus harapos, y cuanto más andrajosos más seguros son. Dad, pues, al pobre para que el Padre celestial os devuelva otros bienes infinitamente superiores á los de este mundo. Y así estais seguros de guardar vuestros intereses del ladron que os lo robe y de la polilla que os lo roa. Nadie tema que dando limosna se le acabe que dar, pues cuando ménos lo piense Dios le dará, áun en esta vida, por retribucion un ciento por uno.

Si son grandes las ventajas espirituales que redundan de la limosna, tampoco son despreciables las temporales. La limosna es semejante á la semilla que se arroja en la tierra, la cual parece que va á perecer sin fructificar; pero no es así, pues á cierto tiempo resucita y da ciento por uno. Lo mismo sucede con la limosna que se da al pobre; parece que va á perderse, pero no haya cuidado, pues á cierto tiempo esa pequeña limosna redundará en un aumento considerable. Así decía uno de los más famosos limosneros que formaban la admiracion general por su caridad ardiente hácia los pobres: cuanto más doy más recibo, y más tengo que dar. Así lo prueba tambien la historia de Tobías, que es la historia del hombre caritativo. Ved sino las palabras que pronuncia el pobre al acercarse á vuestras puertas, detenido á los umbrales de la casa, expuesto á la inclemencia del tiempo, hace resonar una voz que dice: Ave María Purísima. Una limosna por amor

de Dios. Esa palabra, por amor de Dios, ¿nada dice á los oidos del rico? ¿Nada significa pedir en nombre de Dios, y dar por amor de Dios? El pobre que es verdaderamente pobre recibe la limosna con un agradecimiento que no tiene palabras con qué expresarlo, y en prueba de ello dice con humildad: Dios pague. ¿Nada dicen tampoco estas palabras? A los ojos del mundo serán insignificantes, pero á los ojos de la fe valen más que todo el mundo.

Cuando una persona regularmente acomodada pide un favor á otra de igual clase, se presenta con cierto boato, con un no se qué, que da á entender que pide, no por Dios, como así es, sino tal vez por no verse precisado á sufrir un bochorno que le deshonraría á los ojos del mundo. Si lo recibe expresa su gratitud con ciertas palabras más bien políticas que otra cosa.

No así el pobre; esta parte de la humanidad desvalida se presenta con humildad

á pedir por Dios; si se le da, expresa su gratitud con la más sublime de las palabras: Dios pague. ¡Cuán agradable es á la vista de Dios la limosna! Este acto de misericordia que queda escrito en el Cielo con letras de oro, alcanza misericordia de Dios para el que lo hace. Así nos lo ha dicho el mismo Jesucristo. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (1). Efectivamente, por la limosna atraemos sobre nosotros las misericordias del Cielo, aplacamos la justicia de Dios y satisfacemos por nuestros pecados.

Pero si muy digna es de socorro la necesidad pública, esto es, la que padecen los pobres que públicamente piden limosna de puerta en puerta, hay otra no ménos digna de atencion que es la privada, esto es, la que padecen los pobres que no se atreven á pedir, á quienes se les da el nombre de vergonzantes. ¡Oh! estos in-

(1) San Mat., cap. 5, v. 8.

felices, que ven espirar un dia para ver amanecer otro, sin que haya consuelo, ni esperanza alguna de poder mitigar los horrores del hambre; juzgad vosotros el consuelo que experimentarán estos infelices al ver entrar por las puertas de su humilde morada la limosna que el rico compasivo les suministra. ¡Y qué agradable es á Dios este generoso rasgo del corazon humano! Concluyamos, pues, diciendo que la limosna es uno de los actos más demostrativos de la caridad y amor que debemos al prógimo; por eso, omitiendo todas las demás obras de misericordia, he tratado de la limosna deseoso de llamar la atencion del lector en favor de la empobrecida humanidad, digna de compasion y de misericordia.

El mismo Jesucristo nos enseña tambien con su ejemplo cuán agradable es á su vista el estado de pobreza.

En efecto, ¿qué estado eligió Jesucristo durante su vida mortal? El de pobreza. ¿Cómo nació? Pobre, el más pobre de to-

dos, pues nació en un mísero pesebre. ¿Cómo vivió? Pobre. ¿Cómo murió? Pobre. ¿Qué más diré? Jesucristo es en la Eucaristía el modelo más perfecto de pobreza, más pobre aún que en su nacimiento, en su vida y muerte. Porque en su nacimiento una estrella milagrosa anuncia su gloria; en su muerte los astros y los elementos confundidos proclaman su divinidad; pero en la Eucaristía, allí es el Dios verdaderamente pobre, allí reside viviendo como de prestado, dependiente de otro, en un humilde alojamiento ligeramente cubierto, mal adornado, mal recibido, y peor tratado. Allí está privado de las insignias soberanas que le pertenecen como á Rey y Señor de Cielos y tierra. Mirad la pobreza de algunos Templos, el desaliño de algunos altares; pero á pesar de esto, allí reside, allí reposa, desde allí predica y pregona altamente su pobreza. Y siendo Dios tan pobre, á pesar de ser el dueño absoluto de todo cuanto existe, y amando tanto la pobreza, que llega hasta

hacerse miserablemente pobre, ¿no ha de recibir agradablemente la limosna que se hace á los pobres sus semejantes? Respondedme.

Jesucristo fué durante su vida mortal el más perfecto modelo de pobreza; pero, ¿de qué no fué modelo Jesucristo? ¿Hay acaso algun estado, alguna clase, alguna condicion de que Jesucristo no diese ejemplo? ¿Existe alguna virtud que Jesucristo no practicase y enseñase con sus obras y palabras? No, ninguna.

Jesucristo es el modelo de todos los estados y condiciones.

Nuestro Salvador, despues de haber enseñado á sus Apóstoles los secretos de nuestra union con Él, que consiste en la práctica de todas las virtudes, les hizo conocer que los frutos de esta union eran hacernos vivir de su misma vida en el tiempo y en la eternidad, llevando aquí abajo una vida santa, y en la eternidad una vida gloriosa. En la persona de

Jesucristo un gran maestro bajó del Cielo, porque una grande ignorancia cubría la tierra, envuelto en las tinieblas del error no sabía á dónde dirigir sus miradas para aprender el camino que conduce al Cielo. En la misma persona de Jesucristo, dice S. Agustin, un gran médico bajó del Cielo, porque un gran enfermo yacía sobre la tierra, y este enfermo era el linaje humano. Este, aquejado de la horrible enfermedad de la culpa, no sabía á dónde recurrir para alcanzar su curacion. Mas hé aquí que Jesucristo se encarga de enseñar y de curar á toda la humanidad. Para enseñarnos el Salvador no se contentó con hacerlo de viva voz, sino que quiso caminar él delante, para enseñarnos á dirigir los pasos, y ponernos otra vez en el camino del que nos habíamos separado. Quiso ser el ejemplo y modelo de todos los estados y condiciones practicando todas las virtudes á fin de santificarlos y de enseñar al hombre á santificarse en todos los estados y condi-

ciones de la vida. Quiso, en fin, dejarnos señalado un vivo ejemplo de virtudes que iluminan á todos los hombres que vienen á este mundo y les animan á marchar por las sendas de la eterna bienaventuranza.

Y, en verdad, que si reconocemos paso á paso la vida de nuestro Salvador desde el pesebre en que nació hasta la Cruz en que murió, no hallaremos uno solo que no sirva de ejemplo á todos los estados y condiciones del hombre. El hombre está obligado á amar á Dios sobre todas las cosas, así como Dios le amó á él más que á su vida. Dios amó á los hombres, no hay duda. La prueba más grande del amor, es hacer grandes sacrificios por el objeto amado. Y, ¿qué sacrificio no ha hecho Jesucristo por nosotros? Siendo Dios, y sin dejar de serlo, se hizo hombre. Siendo rico, se hizo pobre. Siendo poderoso, se hizo parvulillo. No hay dictado amoroso que Jesucristo no tomase. No hay estado que Jesucristo no santificase con su ejemplo para enseñarnos á santificar-

nos á nosotros mismos. Durante su vida fué el dechado ejemplar del padre, del hermano, del amigo, del esposo, del siervo, del amado y del pastor; todo esto se llamó, y todo esto acreditó ser.

Para curarnos, el Salvador no se contentó con derramar sobre nuestras llagas el precioso bálsamo de su sangre, satisfaciendo á su Eterno Padre por los pecados de todo el mundo cometidos hasta entónces, sino que quiso hacer participantes de ese universal remedio á todos los hombres hasta la consumacion de los siglos; por eso instituyó los Sacramentos, fuentes de gracia, preciosos conductos por donde se nos comunican los frutos abundantísimos de su sagrada pasion y muerte. Por eso instituyó la Iglesia, fiel depositaria y guardadora de su celestial doctrina, administradora de los Sacramentos y dispensadora de los tesoros celestiales. Toda su vida mortal fué una misteriosa cadena de virtudes cuyos eslabones estaban enlazados por el amor y caridad hácia el hombre,

llevando en pos de sí la salvacion de las almas.

Examinemos los misterios del pesebre y encontraremos retratada la humildad y la pobreza. Sigámosle en los años de su niñez y le veremos obediente á sus mismas criaturas; recorramos paso á paso el tiempo de su juventud y hallaremos en él la penitencia, la mortificacion, dando ejemplo para llevar con paciencia nuestros trabajos; veremos resplandecer en él la humildad, la paciencia y el celo por la salvacion de las almas, instruyendo á todos con palabras de vida eterna, haciendo bien á todos, siendo públicos los innumerables milagros que hizo en beneficio de la humanidad y en confirmacion de que él era el Hijo único de Dios; le veremos, en fin, enseñando el cumplimiento de las obligaciones de todos los estados, no solo con palabras, sino tambien con obras. Llegan los últimos dias de su vida mortal, y entónces redobla su humildad, su paciencia, sus pade-

cimientos, su ejemplo, sus virtudes; manifiesta más claramente el infinito amor que tiene á sus criaturas por las que ha venido al mundo á fin de enseñarles á todas el camino de salvacion.

Sí, todas estas cosas las reune de una manera prodigiosa en los últimos dias de su vida, y muy especialmente en la institucion de la Sagrada Eucaristía y en el árbol de la Cruz. Acerquémonos al Sacramento de nuestros altares; preguntemos á nuestra fe; y, ¡oh prodigio de amor! Aquí reside el omnipotente, el eterno, el infinitamente santo; aquí en este estado de humillacion asombrosa, ocultando sus resplandores de gloria tras los velos eucarísticos, aquí en esta humilde custodia, en este altar desaliñado, en este Templo desmantelado, aquí reside el Dios de la gloria y de la majestad; aquí está dando el más vivo ejemplo de su amor.

Sí, para que tú te levantases, se bajó él; para que tú te engrandecieses, él se humilló, y para que sigas por los cami-

nos de la verdadera grandeza y para que veas cuánto te ama, se quedó contigo sacramentado á fin de animarte, enseñarte y darte aliento para no desfallecer. La mayor prueba de amor consiste en permanecer al lado del objeto amado en los peligros y tribulaciones. Jesucristo, llevando hasta el exceso su amor, no quiso dejarnos solos en este valle de quebrantos, sino quiso quedarse con nosotros para mayor consuelo en nuestras aflicciones, humillado, anonadado, empobrecido, paciente, obediente, amoroso, caritativo, médico, maestro y doctor. Hé aquí los amorosos dictados de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía. Así, pues, Jesucristo, en este Sacramento, es el modelo ejemplar de todos los estados y condiciones.

Por último, Jesucristo tomó con la mayor paciencia y humildad la Cruz que nuestros pecados cargaron sobre sus hombros, y dirigiéndose hácia el Calvario, sube á la cima de aquel monte que había de ser el último teatro de sus pade-

cimientos y en donde se había de representar la horrible escena de su muerte; y ya puesto en la Cruz, y próximo á terminar su carrera, volvióse de cara hácia el hombre y le llamó diciendo: «Sígueme, yo soy el camino, la verdad y la vida. El que me sigue no anda en tinieblas, sino que tiene la luz de la verdadera vida. Te he dado el ejemplo para que hagas como yo.» Habiendo subido al Cielo, y sentado á la diestra de su Eterno Padre, sigue gritando al hombre diciéndole: «Sigue mis pasos y vendrás al lugar en que yo me hallo.»

Ahora bien; ¿tenemos obligacion de seguir el ejemplo que Jesucristo nos señaló? Es indudable que sí. Y, ¿cuál es la causa? Porque todos tenemos el deber de salvarnos, y siendo Jesucristo el camino, la verdad y la vida, resulta que si hemos de salvarnos hemos de seguir ese camino, hemos de practicar esa verdad, y hemos de participar de esa vida; porque fuera de ese camino todo es precipicio;

fuera de esa verdad todo es error, y fuera de esa vida todo es muerte, y siendo Jesucristo el modelo de todos los estados y condiciones, resulta que los hombres de todas condiciones y estados han de conformarse con la vida de Jesucristo para llegar á donde él está.

Pero el que sigue á Jesucristo no solamente tiene la seguridad de subir un dia al Cielo, sino que áun en esta vida experimenta sus consuelos paternales, que le consuelan en medio de sus mayores aflicciones. ¿Cuál es, pues, la vida del justo? Si por una parte Dios permite que sufra tribulaciones y amarguras, por otra le da consuelos que le hacen vivir alegre y contento en medio de sus penas. Sí, la Religion divina es la única que puede dulcificar las amarguras de la vida, porque no se para á contemplar la felicidad del mundo, sino qne pasa más allá y se remonta hasta las inefables delicias del Cielo. Por eso la Religion divina comunica al corazon del justo atribulado un

inesplicable consuelo que le hace llevar con paciencia, con resignacion, todas las miserias humanas La misma Religion se encarga de repetir las palabras de Jesucristo. Yo soy el camino, la verdad y la vida; sigue sus pasos para ser feliz por toda la eternidad. Pero si grandes son los consuelos que la Religion suministra en la vida, mucho más grandes son los que concede á sus fieles hijos en el último trance, en aquel trance en que la vida se apresura á ceder su lugar á la muerte.

Consuelos de la Religion en la muerte.

En aquella hora solemnemente fatal en que todo nos abandona, hasta nuestros más allegados y amigos, es cuando la Religion se acerca más á nosotros y se apresura á derramar sus consuelos á fin de animarnos en tan duro trance para caminar con valor hasta llegar á las hermosas playas de la gloria. Sí, todo lo que la Religion hace en aquella hora, llena de consuelo y alegría el corazon del justo.